

Índice

Nota introductoria	7
Unirnos al baile.....	9
Principio de reciprocidad.....	11
Corre conmigo.....	13
Amasar.....	15
La importancia de las manos	17
El tamaño de las cosas	19
Háblales de la lluvia.....	21
Del otro lado	23
La palabra <i>futuro</i>	25
Al final del tobogán.....	28
Palabras como bofetadas	31
Contar lo necesario	34
Ahora es un bosque.....	37
Fuegos artificiales	40
Caja de los recuerdos	43
El primer día del año.....	46
Ropa tendida	48
Las Raíces	51

Azoteas.....	54
No me puedo dormir.....	56
Mala suerte.....	59
Pobladoras de lo posible.....	62
Dos dibujos.....	65
Una noche con Alicia.....	68
Yo soy feminista porque... ..	70
Enciende la luz.....	73
No es anecdótico.....	76
Pies descalzos sobre la arena.....	78
Frenar el desierto.....	80
Pequeñas victorias cotidianas.....	83
Tomillos, brezos y jaras.....	85
Ruido.....	88
Imagina que estuviste.....	90
Sin pedir permiso.....	92
La solución es sembrar.....	95
Lugares seguros.....	98
Os invitamos a venir.....	101
Tiempos de cucharas.....	103
Lo bello y lo combativo.....	106
Fiestas de verano.....	109
Costa da Morte.....	112
Algunas veces no hay reglas.....	115
Una bellota en el bolsillo.....	117
Un encuentro casual.....	119
Aquellas que nos cuidan.....	122
Puertas.....	125

Sé que están dispuestas.....	128
¿Para qué tanta violencia?	131
Gitanicémonos.....	133
Luciérnagas	135
No quiero ansiolíticos.....	137
Zapatos de tacón.....	140
No nos acostumbramos.....	142
Una olla puesta al fuego	145
Alianza entre especies.....	148
Pertenecer a algo.....	151
Millones de personas	154
Echar la vista adelante	156
Efecto contagio	159
Comenzar el día.....	161
Mujer cosiendo.....	164
Mirar desde las esquinas.....	167
El privilegio de ser blanca	170
Árboles.....	172
En el interior de las cocinas	175
Rozar el cuerpo.....	177
Desertemos.....	180
Futuros laborales	182
Una línea imaginaria.....	185
Acampadas.....	188
Perras	191
Ni con un “sí” ni con un “no”	193

Nota introductoria

Comencé a escribir como comienza casi todo, después de un día de lluvia. Luego ya no pude parar. O no quise. Creo que, más bien, no quise. Me gusta pensar que escribir es una forma de contribuir al cambio social que estamos construyendo.

En septiembre de 2022 empecé a publicar un artículo semanal en *El Salto*, un medio de comunicación que ayuda a entender el mundo. En cada una de esas pequeñas columnas siempre han estado presentes mis alumnas y alumnos de secundaria. Quizás porque sé no solo de su deseo de que la vida sea distinta sino, más bien, de su necesidad. Ellas y ellos son cada vez más conscientes de que, en este orden en el que todo está colocado para que los días se sucedan tropezándose uno detrás de otro, no queda mucho hueco para la palabra *futuro*. Y me hacen pensar si este orden de las cosas tiene que ser admitido, si tenemos que rendirnos al abuso de poder y la destrucción de la naturaleza sin que nada estalle.

Probé a desordenar el tiempo y alterar la colocación de los textos respecto al momento en el que fueron escritos. Pero, finalmente, aparecen tal y como han sido publicados, aunque tuvimos que seleccionar porque todos eran dema-

siados. Así queda reflejada una pequeña crónica de una esquina diminuta del mundo de estos dos años de publicaciones semanales.

Cuando la lluvia cae sobre el bosque toca cada rama y cada rama responde de una manera. Unas dejan deslizar el agua, otras se empapan, otras se mueven. Quizás este libro sea así, como una lluvia cuyas gotas, ojalá, contribuyan a despertar las ganas de juntarnos para transitar este momento de incertidumbre con la certeza de que el futuro no está predeterminado.

Con la convicción de que el futuro dependerá de lo que hagamos ahora.

Unirnos al baile



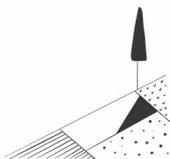
Todavía era de esos días en los que se agradece estar al sol así que, sin consensuarlo, nos dirigimos hacia el banco que estaba más alejado del resto de grupos de personas que trataban, como nosotras, de huir del polvo de la ciudad refugiándose en el parque. Hace ya unos meses que dejó de ser mi alumna, pero sé que mis palabras seguirán teniendo, por un tiempo, un peso desequilibrado para ella, por eso hago lo que me pidió en el mensaje en el que me proponía que nos viéramos: la escucho, dejo que se desahogue sin juzgar.

Me cuenta muchas cosas y, mientras habla, pienso que el mundo se ha puesto complicado para las chicas de dieciocho años que, como ella, se creen los datos científicos sobre el cambio climático y conocen lo que significa la palabra *injusticia*. Me cuenta que la gente de su alrededor está fatal. Nombra amigas y amigos suyos a los que conozco y otra gente de la que me habló en estos años en los que, además de clases, compartimos conversaciones. Habla de depresiones, de ansiedad, de autolesiones. “¿Por qué crees que están así?”, le digo. Y ella me mira como si fuera imposible que yo no supiera la respuesta. Después dice: “Creen que no tienen futuro”. Sostenemos entre las dos un silencio que descansa

tozudo con nosotras en el banco. “¿Y a ti te pasa?”, le pregunto a pesar de estar segura de que si dice que sí me voy a desmoronar con ella. “A mí no”, dice. “¿Por qué a ti no?”, suelto como una ola desesperada por llegar a la playa. “A mí no me pasa porque yo creo que se puede hacer algo para cambiar las cosas, la gente que está mal cree que no se puede hacer nada o que no merece la pena intentarlo”.

Las dos miramos hacia el frente, las hojas del arce se mueven seguras de que el árbol no las dejará caer. La imagino bailando. A pesar de todo. Bailando. Junto a otra gente que también cree que se puede hacer algo. La imagino bailando como si lo único que tuviera sentido fuera eso: bailar. De lluvia a lluvia. Bailar. Para lavar la ausencia de todo lo que no ocurre en sus días. Para lavarse de las cosas que parecen imposibles. Pienso que tiene todos los caminos por abrir porque sabe que lo importante no es cambiarlo todo sino saber si estamos dispuestas a intentarlo. Pienso que tengo ganas de unirme a ese baile.

Principio de reciprocidad



Era el típico hombre muy mayor. Con su pantalón de hombre muy mayor, su camisa blanca de botones blancos ligeramente nacarados y unas manos de esas que saben entender la rugosidad de los troncos de los árboles. Estaba en el mismo parque que yo. Un parque dentro de una ciudad inmensa. Clonc. Silencio. Clonc. Clonc. Silencio. Me paré a mirarle. Con una mano sostenía un bote que había sido una lata que, en algún momento, debió contener un alimento que no supe identificar. Con la otra iba recolectando, una a una, las aceitunas que estaban a su alcance en el único olivo del parque. Clonc. Fue llenando la lata. Sin prisa. Como disfrutando de un chapuzón en un río de montaña en verano. Dejó muchas olivas todavía en el árbol. Antes de irse sacó de la lata algunas y las tiró al suelo al lado del olivo. Ploc. Ploc. Ploc. Las olivas sobre la tierra suenan casi a lluvia.

Me pareció que acababa de ver un ejemplo de lo que Robin Kimmerer, en su libro *Una trenza de hierba sagrada*, llama “Cosecha honorable”. Tomar de la naturaleza solo lo que se nos ofrece, utilizarlo bien, agradecer el regalo, dar algo a cambio. Ese principio de reciprocidad que va más allá de la gratitud, que genera un vínculo. El hombre ma-

yor y su camisa blanca con el olivo. Las hojas del olivo que tocan las manos del hombre de camisa con botones ligeramente nacarados cuando recolecta. Él no coge todas las aceitunas. Mete en su lata solo las que necesita. El olivo las ofrece y el hombre devuelve algunas a la tierra. Se las deja a los descomponedores. Al suelo. A los hongos. A los mirlos. El hombre mayor. El olivo. Las aves. Los insectos. Todos se benefician de esa reciprocidad. Todos están conectados.

¿Cuándo comenzamos a concebir la tierra como propiedad y dejamos de verla como parte de nuestra identidad, como el hogar de la familia no humana, como reserva de medicamentos, como biblioteca, como el origen de todo lo que nos permite vivir? ¿Cuándo olvidamos el principio de reciprocidad, ese que dice que si cojo frutos devuelvo semillas? ¿Cuándo dejamos de darnos cuenta de que esa reciprocidad beneficia al suelo, al olivo, al mirlo y a nosotras? ¿Cuándo llega el momento en el que asumimos que los desequilibrios y las desigualdades y el deterioro ambiental tienen que ser admitidos como el orden normal de las cosas? ¿Cuándo dejamos de cuestionarnos si este es el único orden posible? ¿Cuándo nos rendimos? ¿Nos hemos rendido?

Corre conmigo



Era domingo por la mañana. Un domingo vacío de cosas que hacer. Con una soledad demasiado abultada para una persona como yo, que tengo todo lo necesario. Me asomé a la ventana como se sale al patio del colegio, atropelladamente, con prisa, tratando de conseguir sentir cómo el oxígeno lograba colarse hasta mis células para cargarlas de energía.

Miré las noticias. Con hastío. Aburrida. Espeluznada. Y me entraron ganas de correr. Correr hasta que los latidos se apelonaran uno detrás de otro. Correr porque ha pasado lo que ha pasado. Lo que sabíamos que pasaría. Correr como si, para salir del hartazgo, solo hiciera falta alguien que me dijera: “Corre conmigo”.

Quería correr con la gente que pelea contra el fascismo y recupera la memoria, con las personas migrantes que quieren parar de tropezar con fronteras afiladas y tristes, con quienes saben que hay que dejar de pensar solo en que hay que apagar la luz, cerrar el grifo y reciclar para comenzar a gritarle a los gobiernos y a las trasnacionales que ya no más, que basta de este despropósito. Correr con las que disfrutan paseando por un bosque donde todo tiene sentido, donde todo se interconecta. Ahora que pasa lo que pasa. Lo que

sabíamos que pasaría. Quería correr para agarrarme de la mano de otras mujeres que saben la importancia de decir “yo sí te creo”, de las que necesitan escucharlo, de las que aprovechan las comidas familiares y las quedadas con colegas para visibilizar a quienes hacen todas esas tareas que permiten que estemos vivas, de qué color tienen la piel, junto a qué río nacieron. Ahora que pasa lo que pasa. Lo que se venía anunciando hace tiempo que pasaría. Quería correr para poner mi cuerpo junto con los cuerpos de la gente que se queda sin casa, para colocarlo contra los que se las arrebatan. Correr con las personas a las que el frío se les queda pegado a las manos y señalar a las que toman las decisiones para que esto ocurra desde sus despachos calientes a la temperatura de máximo confort.

Ahora que está pasando. Ahora que parece que tantas cosas se vienen abajo y aplastan. Aprisionan. Comprimen. Estrujan. Hunden. Arrugan. Y hacen tener ganas de cerrar los ojos. Ahora. Justo ahora. Es cuando puede ocurrir algo. Eso que pensábamos que era imposible, eso que creíamos demasiado improbable. A veces cuando pasa lo que ha pasado. Eso que sabíamos que pasaría. Ocurre también lo que nunca pensamos que podría pasar. Y, entonces, todo cambia.

Todos los artículos contenidos en este libro fueron originalmente publicados en la página web del diario *El Salto*.

© del texto: María González Reyes, 2024
© de la ilustración de la cubierta: Joly Navarro, 2024
© de esta edición: Milenio Publicaciones, 2024
C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida
editorial@edmilenio.com
www.edmilenio.com

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-19884-71-8
DL: L 649-2024

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.